

# Religión popular y sexualidad en Chile: historia, tradiciones y símbolos\*

Maximiliano Salinas Campos

## Las raíces indígenas

Los pueblos indígenas de América, por su raíz asiática y su cultura oriental, se definieron por una identidad matrística o matriarcal bastante clara. En el caso particular de la civilización mapuche esto es especialmente relevante. Sin estado, y sin monogamia, aparece destacada la preeminencia social, cultural y religiosa de la mujer, y de lo materno, perceptible en su medida de los ritmos del tiempo por el calendario lunar, entre otros aspectos<sup>1</sup>.

Los europeos que tomaron contacto con esta forma de vida indígena apreciaron desde luego esta importancia de la mujer en la sociedad. El franciscano Pedro de Sosa señaló con admiración en 1616: "*No estiman oro, ni plata ni otra riqueza sino es las mujeres. Cásanse con todas las que pueden alcanzar, porque son éstas las que principalmente trabajan y los sustentan en la vida ociosa que apetececen,...* La principal hacienda de estos indios son las mujeres,..."<sup>2</sup>. La mujer mapuche fue elogiada por los varones de su pueblo como un ser fascinante, que estaba al ori-

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado en el XVII Congreso Internacional de Historia de las Religiones celebrado en Ciudad de México del 5 al 12 de agosto de 1995.

<sup>2</sup> Sobre la noción de matrismo, cf. G. Rattray Taylor, *Sex in History*. London 1965, y su noción de raíz oriental en las culturas indígenas de América, cf. Osvaldo Quijada, *Diccionario integrado de sexología*. Madrid 1983, 47, 348. Sobre el carácter oriental de los mapuches, y sus paralelos con la cultura china, Gastón Soubllette, "El mito mapuche de la creación", en *Wenuleufu. Camino del cielo*. Santiago 1988, 43-73.

<sup>3</sup> Pedro de Sosa, "Memorial del peligroso estado espiritual y temporal del reino de Chile" (1616), en J. T. Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena II*, 177, y del mismo autor "Carta a los medios usados en el reino de Chile por el P. Luis de Valdivia". 1616, en *ibid.*, II, 202.

gen de sus sentimientos más intensos. Manuel Manquilef expresaba en 1911: “*La mujer es la causante de la alegría, del amor, de la embriaguez, y del canto.. La presencia de la mujer en una fiesta social araucana es la motivadora del amor, porque solo con su mirada cautiva el corazón del enamorado araucano*”<sup>3</sup>. En dicha sociedad matrística la mujer fue el símbolo privilegiado de la tierra y de la fecundidad del cosmos. Son significativos algunos nombres propios característicos de mujeres mapuches, tal como los recogió en 1918 Pedro Armengol Valenzuela, como Fecundidad (Lleucún), Cosecha (Congui), Mucha Leche (Cuminitil), Grandes Senos (Futamoe), Seis Senos (Caimoy), Pecho Hermoso (Ainarrico), etc<sup>4</sup>.

Esta sociedad indígena desarrolló con libertad y exuberancia la sexualidad y el erotismo, a diferencia de las sociedades occidentales que mantuvieron más bien ocultos y vedados estos ámbitos de la vitalidad humana. Podría aplicarse a ella la descripción de Américo Vespucio sobre los indígenas americanos: “*No son muy celosos, pero son lujuriosos fuera de toda medida y mucho más las mujeres que los hombres, que por honestidad se deja de decir los artificios de que se valen para satisfacer su desordenada lujuria. Son mujeres muy fecundas... Cuando con los cristianos podían unirse, llevadas de su mucha lujuria, todo el pudor de aquellos manchaban y abatían.*”<sup>5</sup>.

La sociedad mapuche cultivó con profusión el erotismo y la sexualidad. En 1908 refirió Tomás Guevara: “*Los espectáculos impúdicos, que despiertan imágenes eróticas, eran corrientes en sus bailes y sus fiestas. Casi no había vida íntima: las uniones sexuales se verificaban en el hogar sin el recato de la cultura (sic), a la vista y al oído a veces de los demás. En sus diversiones colectivas, acompañadas siempre de exceso alcohólico, la libertad amorosa se manifestaba tan pronto como el licor, el baile y la nímica lasciva incitaban la imaginación... (Los mapuches) practicaban el acto de la generación con una frecuencia que superaba a la raza dominadora (blanca)... Como algunos pueblos de costumbres voluptuosas refinadas, los araucanos se valían también de medios originales para estimular la sensibilidad de la mujer en la cópula.*”<sup>6</sup>. En 1916 el mismo estudioso agregó que los mapuches tomaban bebidas cálidas de hierbas que predisponían al amor, y que cultivaban danzas eróticas que tenían por objeto hacer reír por la exageración de las actitudes lascivas<sup>7</sup>.

3 Manuel Manquilef, *Comentarios del pueblo araucano. La faz social*, Santiago 1911, 19-20.

4 Pedro Armengol Valenzuela, *Glosario etimológico*, Santiago 1918, I, 18, 78, 182, 299, 458, 479; mujeres de las localidades de Quetalco, Curaco, Nalhuehue, Valdivia, Quinchao y Panguipulli.

5 Américo Vespucio, *El Nuevo Mundo*, Buenos Aires 1951, 183-185, 211.

6 Tomás Guevara, *Psicología del pueblo araucano*, Santiago 1908, 41-44.

7 Tomás Guevara, *La mentalidad araucana*, Santiago 1916, 126, 179.

Su libertad y espontaneidad sexuales fueron tales y tan diversas de la sociedad occidental que quedaron grabadas en dichos y refranes (“*el huinka se oculta con la mujer*”, *pu winca lolocawí*, aludiéndose al pudor sexual de los europeos) <sup>8</sup>.

La defensa de sus costumbres sexuales constituyó uno de los rasgos más acendrados de la sociedad mapuche frente a los intentos de reforma cultural europea. Como una rebelión contra la monogamia fueron asesinados tres jesuitas en Elicura en 1612. En 1614 expresó un religioso dominico acerca de las costumbres sexuales indígenas de Chile: “*Son demasíadamente dados a todo género de vicios, especialmente el de la carne, y así tienen muchas mujeres que es toda su felicidad para la satisfacción de sus sensualidades apetitos y para que les hagan mucha chicha para beber y no quieren ni desean otra cosa...*”<sup>9</sup>.

Este sentido de la vida sexual y de la centralidad de la mujer como dispensadora de la vida y de la animación social y cultural mapuches fue tan arraigado que llegó a sostener el horizonte de las creencias religiosas y escatológicas. El jesuita Francisco Javier Wolfwisen, tras veintisiete años de permanencia en Chile, observó en 1742: “*El error que han concebido estos paganos en lo que concierne al cielo los ha endurecido en su deseo de la poligamia. Creen que después de la muerte serán trasladados a un lugar de felicidad situado más allá del mar, donde en medio de una constante abundancia de comida, bebida y de miles de cosas agradables, serán servidos como en esta tierra por muchas mujeres, las que, aunque ya no les procrearán hijos, les darán a beber sin embargo una chicha inagotable. A fin de que no haya mengua de estas deleitables hembras en el más allá, comienzan ya por procurarse muchas en la tierra, destinadas a servirles de compañía sempiterna.*”<sup>10</sup>.

La importancia de la mujer adquiere sin duda una dimensión mística en la machi, o chamán femenino, quien en el pasado fue denominada dueña o señora de la luna (Ngencuyen) <sup>11</sup>. Ella se acompaña ritualmente del kultrún, símbolo magnífico de la fertilidad de la tierra, del bienestar y la salud, del triunfo inagotable de la vida. La vasija de madera del kultrún representa el vientre plétórico de la madre tierra <sup>12</sup>.

<sup>8</sup> Tomás Guevara, *Folklore araucano*, Santiago 1911, 57.

<sup>9</sup> Arturo Leiva, “El otro cautiverio. El relato de Fr. Juan Falcón y su oposición a la doctrina del P. Luis de Valdivia”, en *Frontera*, Temuco, 1982, 176.

<sup>10</sup> Visión de Chile a través de una carta de un misionero bávaro en 1742, en *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile I*, 1, 1983, 209.

<sup>11</sup> Rodolfo Casamiquela, *Estudio del Nillatún y la religión araucana*, Bahía Blanca 1964, 212.

<sup>12</sup> María Ester Grebe, “El kultrún mapuche: un microcosmo simbólico”, en *Revista Histórica Chilena XXVII*, 123-124, 1973, 26-27, 35.

La intensa intersexualidad de la sociedad mapuche tiene su fundamento místico en la propia imagen de la divinidad. El Dios mapuche es una entidad compuesta de elementos masculinos y femeninos, tanto ancianos como jóvenes. Es un Dios que engendra y pare. La identidad básica de Guenechén es: Dios anciano-Diosa anciana-Dios joven-Diosa joven. Es, a la vez, papá (Chai) y mamá (Kushé), papito (Chachai) y mamita (Papai), viejo (Fucha Huentru) y vieja (Cushé domo), muchacho (Hueche huentro) y muchacha (Ulcha domo). A través de una simbología cromática de lo matrista o materno, la divinidad se vincula al color azul. Guenechén es papá azul (Kalfu chao) y mamá azul (Kalfu ñuke) <sup>13</sup>. En relación particular con el ámbito de la vida y del sexo, esta divinidad compuesta está referida especialmente al ámbito de la luna. Los dioses del sexo son los dioses lunares: Dios viejo de la luna-Diosa vieja de la luna-Dios joven de la luna-Diosa joven de la luna <sup>14</sup>.

### El disciplinamiento blanco

Con la expansión europea del siglo XVI se introdujo en América del Sur una sociedad oficialmente androcrática que implicó un notable desequilibrio vital al rebajarse la sexualidad, y la experiencia del cuerpo, a una condición inhumana, bestial, o demoníaca, y donde lo femenino fue considerado como inferior a lo masculino.

La sexualidad humana fue fragmentada entre una maternidad-paternidad sin sensualidad o erotismo (las imágenes oficiales de la Virgen, San José, o de los clérigos), y una sensualidad o erotismo sin maternidad-paternidad, o manchada o culpable (las imágenes oficiales de Eva y Adán, María Magdalena, el Diablo, entre otras). El símbolo más importante y complejo de esta cultura sexualmente trágica fue la figura del varón sacrificado, el hijo de Dios elevado en el tormento de la cruz, y contemplado desde abajo, y a la distancia, por la escindida sexualidad femenina (la Virgen y María Magdalena). Otro símbolo importante fue la figura blanca y armada de San Miguel victorioso sobre Satanás, imagen asociada a la libido.

Se pueden describir dos intentos históricos fundamentales de este disciplinamiento blanco en Chile: la sociedad aristocrática de 1580 a 1660 y la sociedad oligárquica de 1850 a 1930. En ambos casos se buscó

<sup>13</sup> Sobre el color azul como representación cromática del elemento matrista o materno, Osvaldo Quijada, *Diccionario integrado de sexología*, Madrid 1983, 45. El color azul de Guenechén está vinculado a su buen humor, cf. Ricardo E. Latham, "Creencias religiosas de los araucanos", en *Revista Chilena de Historia y Geografía XIII, XLVI*, 50, 1923, 37.

<sup>14</sup> Rolf Foerster, *Introducción a la religiosidad mapuche*, Santiago 1993, 69. La pareja joven formada por el Hueche Hentru y la Ulcha Domo y calificada de 'renovadores' corresponden a la misma gnosis arcaica que el Yin y el Yang jóvenes del I Ching, cf. Gastón Soubllette, op. cit., 67.

establecer el modelo cultural androcático con sus características desequilibrios y discriminaciones sexuales <sup>15</sup>.

La irrupción de la presencia blanca en el siglo XVI en Chile fue mortal para la población indígena: el millón de indios de 1540 habría disminuído a medio millón en 1600 <sup>16</sup>. El gran intento de disciplinamiento social blanco tuvo lugar con la constitución de la sociedad aristocrática posterior. Esta tuvo una principal instancia de poder cultural y ético-religioso con los jesuitas llegados al país en 1593. A ellos les correspondió ordenar una sociedad androcática en su calidad de autoridades al mismo tiempo económicas y morales. Ellos pasaron a ejercer el control de tierras, cuerpos y mentalidades a través de la propiedad de haciendas, esclavos, colegios y misiones. Además de poseer importantes colegios en Santiago y Concepción, y misiones entre los mapuches, adquirieron diversas estancias y chacras en el país (Rancagua, Itata, Longaví, Bucalemu, Elqui, Peñalolén, Nipas, etc) <sup>17</sup>. Este considerable poder patrimonial, símbolo de la expansión colonial europea, fue acompañado de un ascetismo y de una "religión terrorífica" en la expresión acuñada por Francisco Antonio Encina <sup>18</sup>.

¿En qué consistió ésta y qué resultados produjo? Era la religión hegemónica del Imperio español, destinada para europeos e indios. Particularmente ejerció un rigorismo antisexual tanto para unos como para otros. Los blancos debían dejar sus amancebamientos con las mujeres indias, desterrar sus "*cantares lascivos*" traídos desde España, y los mapuches debían abandonar sus costumbres sexuales ancestrales. Todos, en fin, debían dejar de usar "*hechizos*" o encantamientos para sus "*locos e ilícitos amores*". Esto fue una ardua empresa en Chile, donde, reconocieron los misioneros, había una "*copiosa materia de vivir licenciosamente*" <sup>19</sup>.

Los registros mas remotos de este disciplinamiento en relación a los indios se hallan en el "*Arte, vocabulario y confesionario de la lengua de Chile*" publicado en Lima en 1606 por el jesuita Luis de Valdivia. Es el primer intento escrito por normar los hábitos sexuales de los varones

15 Sobre las imágenes sexológicas de María, Satanás, la crucifixión, Osvaldo Quijada, *Diccionario integrado de sexología*, Madrid 1983, 90, 241, 338. Sobre los períodos escogidos, Mario Góngora, *Encomenderos y estancieros 1580-1660*, Santiago 1970, y Marcelo Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*, Barcelona 1984.

16 Pedro Cunill, *Visión de Chile*, Santiago 1972, 89.

17 Gustavo Valdés, *El poder económico de los jesuitas en Chile, 1593-1597*, Santiago, 1985.

18 Francisco Antonio Encina, *El sentimiento religioso en la Colonia*, Atenea 177, 1940, 356.

19 Esta última expresión en Pedro Lozano, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, Madrid 1754-1755, II, 13. También Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile 1593-1736*, CHCH VII, 247, 254.

mapuches: “¿Has retozado con mujeres, o besádolas, o abrazádolas, o hecho otras cosas deshonestas?... ¿Tienes algunas yerbas o otra cosa para que te quieran las mujeres? y si no las tienes, a lo menos buscástelas, o deseástelas tener? ¿Hablaste algún hechicero pidiéndole te diese algo para que te quisiesen mujeres? ¿Has hablado, o oído hablar palabras deshonestas o cantares deshonestos deleitándote en ellos?... ¿Haste puesto a mirar mujeres, y tenido deseo de pecar con ellas?... ¿Te has aficionado a alguna mujer? ¿Haste pulido y vestido bien para que se aficione a tí?”<sup>20</sup>.

Mas tarde, en su “*Sermón en lengua de Chile*” publicado en Valladolid en 1621, el mismo misionero desarrolló una imagen sombría de la sexualidad femenina: “*Nuestra madre Eva...creyó lo que dijo esta serpiente que era el diablo, y tomó de la fruta...y dio della a su marido Adán el cual por no enojar a su mujer, comió también, siendo contrario a los que Dios mandó...Mujeres también que no conocieron varones enteras en sus cuerpos hubo siempre que murieron por Cristo. Tal fue Santa Catalina y Santa Inés.*”. En la pintura española bajomedieval Santa Catalina era representada en la figura de una mujer desnuda y torturada.<sup>21</sup>

Esta imaginaria extraña para los indios obedecía del todo a la cultura europea del Barroco. En Chile la asumieron los propios jesuitas criollos nacidos en el país. Así fue el caso del P. Melchor Venegas, quien vivió entre 1572 y 1641, y que “*era tan recatado, que huía de la vista de las mujeres como del veneno del basilisco*”, como señalaban en su elogio los maestros espirituales de la Compañía de Jesús en Madrid<sup>22</sup>.

Con este miedo al cuerpo y a la mujer, los jesuitas reforzaron su propio poder, ya que sólo ellos podían corregir los efectos nocivos de la vida sexual colonial. Ellos fueron, como sugiere Eric Fuchs, la figura sagrada del padre castrado, los portadores de la ley por estar privados del ejercicio de la sexualidad<sup>23</sup>.

Lo que indiscutiblemente lograron los jesuitas en el ordenamiento de la sociedad local fue introducir un arraigado complejo de culpa que se tradujo en las prácticas colectivas de expiación sexual mediante la flagelación de los cuerpos masculinos. En su *Histórica relación del reino de Chile* de 1646 Alonso de Ovalle narró las duras disciplinas cuaresmales

20 Luis de Valdivia. *Arte, vocabulario y confesionario de la lengua de Chile*. Lima 1606.

21 Luis de Valdivia. *Sermón en lengua de Chile*, Valladolid 1621, 51, 64. Sobre Santa Catalina, cf. Xavier Domingo, *Erótica hispánica*. Paris, 1972.

22 Juan Eusebio Nieremberg. *Firmamento religioso de lucidos astros, en algunos varones de la Compañía de Jesús*, Madrid 1644, 744. El basilisco, “rey de las serpientes”, encarnaba la lujuria en la imaginaria medieval. Sobre el contexto europeo en general, Jean Delumeau, *El miedo en Occidente, siglos XIV-XVIII*, Madrid 1989.

23 Eric Fuchs, “Sexualidad y poder en la Iglesia”, en *Concilium* 217, 1988, 352.

del Seiscientos<sup>24</sup>. Con el tiempo estas prácticas superaban la intención de los sacerdotes. Según un testimonio de la Compañía de Jesús en Chile, cien años más tarde, en 1746: “*Causaba verdaderamente un sacro horror el escuchar el estruendo que hacían las disciplinas, con que aquella gente maceraba su cuerpo: a las veces dejaban balsas de sangre en el pavimento del templo; y lo hacían con tanto fervor, que en muchas ocasiones le costaba trabajo al misionero hacer que cesaran de aquella sangrienta penitencia...*”<sup>25</sup>.

Tras la crisis y extinción de la sociedad aristocrática colonial –con la expulsión de los jesuitas, el fin del Imperio, y las ideas democráticas en ciernes–, el ideal cultural androcrático pasó a reproducirse a través de la sociedad oligárquica de 1850 a 1930. Esta vez los propietarios formales de la tierra y del conocimiento –hacendados, educadores– aspiraron otra vez a realizar un disciplinamiento cultural de la población desequilibrando nuevamente la sexualidad en detrimento de la mujer y del cuerpo humano<sup>26</sup>.

Los disciplinadores de esta sociedad fueron en esta oportunidad un clero romanizado y también los nuevos educadores liberales. Los primeros recurrieron a las antiguas prácticas del Seiscientos y del Setecientos con un vínculo social con los hacendados. Estos hacia 1860 construyeron en sus empresas agrícolas Casas de Ejercicios para las disciplinas de sus trabajadores. El arzobispo de Santiago Mariano Casanova señalaba acerca de estas prácticas colectivas de expiación en 1894: “*En cada noche hacen penitencia (los hombres), disciplinándose con tanta fuerza que a veces dejan teñidas las murallas con su sangre.*”<sup>27</sup>. Hacia 1910 los sacerdotes aseguraban a la población rural que el mayor porcentaje de condenación eterna era por motivos de desorden sexual. Inspirándose en el puritanismo anglosajón añadían que las pasiones debían ser disciplinadas del mismo modo que un ejército bien militarizado<sup>28</sup>.

24 Alonso de Ovalle, *Histórica relación del reino de Chile*, Roma 1646, en CHCH XIII, 221.

25 Cf. Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Barcelona 1891, II, 180.

26 Hacia 1900 la cultura androcrática fue notoriamente agresiva en Chile. Se pensó que Dios habría creado a la mujer para el hombre, cf. Vicente Martín y Manero, *Catecismo de la mujer cristiana*, Santiago 1899, II. Esta era del todo inferior al varón, y representaba “*lo pasado, lo viejo, lo vulgar*”, cf. Valentín Brandau, *Caracter mentales de la mujer según la sicología contemporánea*, Santiago 1908, 27.

27 Carta de Mariano Casanova al Superior General de los Agustinos de la Asunción en París, en *Souvenirs 162*, 1894, 25-26.

28 El 75 % de los réprobos lo era por su deshonestidad sexual, Agustín Valenzuela, *Manual del Josefino*, Talca 1909, 352. Sobre la influencia cultural anglosajona, Bernardo Gentilini, *Sed puros. Educación de la castidad* (aprobación eclesiástica de 1914), Santiago 1936, 41.

Los educadores liberales positivistas por su parte combatieron del mismo modo la excesiva sensualidad de la población. Se adoraba a Venus en demasía en Chile, escribió un ensayista y político radical en 1926. En gran parte responsable de ello eran las raíces indígenas que había que entonces disolver. En 1917 señaló en este sentido el filósofo Enrique Molina: “*En Chile la lubricidad popular es en parte herencia de los mapuches...Aquella degeneración ardiente se manifiesta tanto en los hombres como en las mujeres.*”<sup>29</sup>.

El orden oligárquico quizás fue mas explícitamente represivo o desgarrador de la mujer y de su sexualidad que en los siglos anteriores. La fragmentación entre su espíritu y su cuerpo, entre su maternidad y su sensualidad, llegó a niveles tan severos como imposibles de controlar. En 1872 la naciente prensa conservadora censuró los desnudos femeninos en el arte, en 1897 se prohibieron los baños desnudos de hombres y mujeres en Valparaíso, y en 1925 el severo Código Long prohibió, además de la prostitución, “*cualquiera práctica que conduzca a la exposición pública de una mujer a todo género de torpeza y sensualidad.*”<sup>30</sup>.

La principal víctima de este orden cultural fueron las propias mujeres, quienes debieron autocensurar sus expresiones eróticas. Refiriéndose a una mujer de la oligarquía de principios del Novecientos, y a sus condicionamientos religiosos, escribió una memorialista chilena: “*Otro de sus aspectos fundamentales era la devoción por la decencia, la santidad, el sacrificio...Al impacto sexual lo rebajaba de categoría...¿Cómo centrar los amores en la cama? Esos son cinco minutos decía y después queda toda la vida por delante... Que seguramente existieron también mujeres sensuales, no hay ni qué decirlo; pero el sello religioso, el temor de apartarse del ideal social, el ser incluso miradas con sospechas por el legítimo favorecido, actuaron sin duda como freno.*”<sup>31</sup>.

## La cultura mestiza

A través de una intensa recreación de sus propios horizontes culturales el pueblo mestizo de Chile ha sostenido mas allá de los desequilibrios introducidos por la cultura blanca una condición que hunde sus raíces tanto en las tradiciones indígenas como ibéricas populares y que Gabriela Mistral definió como sensual-mística<sup>32</sup>.

29 Leo S. Rowe y Enrique Molina, *Las democracias americanas y sus deberes*, Santiago 1917, 41-42. Sobre el culto excesivo a Venus, Alberto Cabero, *Chile y los chilenos*, Santiago 1926, 129.

30 Contra los desnudos en el arte en la prensa conservadora, “El Independiente”, Santiago, 13.10.1872, contra los desnudos en Valparaíso, F. Barra y F. Chacón, *Recopilación de leyes, ordenanzas y reglamentos en el territorio municipal de Valparaíso*, Valparaíso 1902, 361, sobre el Código Long, Rodrigo Quijada, Santiago 1968, 167.

31 Marta Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, Santiago 1962, 28.

32 Gabriela Mistral, *Escritos políticos*, Santiago 1994, 226-227.



¿Cómo definir esta condición?

Junto a la raíz india que ya hemos apuntado interesa señalar la importancia de la tradición hispano-oriental que constituye la base cultural de nuestra herencia mediterránea, y que, en términos religiosos, armonizó durante siglos erotismo y misticismo.

Teólogos y místicos andaluces de los siglos XI al XIII como Ibn Hazm de Córdoba (994-1063) o Ibn Arabi de Murcia (1165-1240) desarrollaron una religión del amor que alcanzó decisivas influencias en la constitución de la religión medieval de España haciendo un enaltecimiento divino de la sexualidad y de la tolerancia con las culturas y religiones distintas de la propia. En las palabras de Ibn Arabi: "*Sigo la religión de amor: sea cual fuere el rumbo de los camellos de mi amor, allá están mi religión y mi fe.*"<sup>33</sup>.

La influencia de esta cultura andaluza sobre las formas cristianas puede verse especialmente en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz de Jaén (1295-1350), una obra de carácter oriental que al mismo tiempo impugnó los rumbos de la historia europea y exaltó una religiosidad reivindicadora del erotismo, en la línea de Ibn Hazm y su *Tratado sobre el amor y los amantes*<sup>34</sup>.

El pueblo español y eminentemente andaluz que emigró a Chile en los siglos XVI y XVII transportó estos códigos orientales de comportamiento religioso y sexual para asociarlos sin prejuicios a los correspondientes códigos indígenas. El matrismo indio, y el orientalismo ibérico, sellaron en hombres y mujeres una redoblada condición sensual-mística tan distante de los patrones de comportamiento occidental que alcanzó a manifestar una "*indiferencia musulmánica por todos los valores que agitan al pobre ser angustiado y percedero que llamamos el hombre blanco, adulto, civilizado*", como dijera de los mestizos el escritor chileno Benjamín Subercaseaux<sup>35</sup>.

A continuación proponemos reconocer históricamente algunos símbolos de la religión popular chilena y sus definiciones y nexos con relación a la sexualidad.

33 Añadía Ibn Arabi: "*Mi corazón puede tomar cualquier forma: es un pasto para zecelas y un convento para monjes cristianos. Un templo para ídolos, y para la Ka'aba de los peregrinos, y para las tablas de la Tora, y para el libro del Alcorán.*", cf. Américo Castro, *España en su historia*, Barcelona 1983, 200.

34 Américo Castro, op. cit. Cf. también Julio Rodríguez-Puertolas, *Juan Ruiz arcipreste de Hita*, Madrid 1978 y Efigenio Amezcua, *La erótica española en sus comienzos*, Barcelona 1974.

35 Benjamín Subercaseaux, "El roto o el triunfo de la inmortalidad", en *Contribución a la realidad. Sexo-raza-literatura*, Santiago 1939, 157-158. Sobre el destacado componente andaluz en Chile, Luis Thayer Ojeda, *Orígenes de Chile*, Santiago 1989.

## El carácter divino de la mujer

Relativizando la aspiración de los símbolos androcárnicos y paternalistas (Dios padre, el clero, el complejo antifemenino personificado en Eva, entre otros), la fuerza real de la divinidad se expresa para la religión popular en la imagen de María como energía que mana de la tierra. María es una personificación de la sacralidad de la Tierra Madre. Ante ella el Dios blanco es indolente y muchas veces ineficaz.

A fines del siglo XVI, en los orígenes de la sociedad aristocrática colonial, tuvo lugar en Chile la aparición a los indios, fuera de los marcos eclesiásticos imperiales, de la China de Andacollo (mujer sagrada de la Montaña), según una reedición de las leyendas hispano-orientales de la Edad Media que señalaban a una Virgen morena hallada junto a la tierra por los árabes o moros. Este color moreno de la Virgen, además de aludir al color de sus descubridores y beneficiados, pone asimismo en relación con las divinidades de la tierra negra y fecunda<sup>36</sup>. Desde entonces y hasta el presente, Andacollo, celebrado en el tiempo cristiano de la Navidad (el parto de María), como también los demás centros rituales en honor de la Virgen, han puesto de relieve la antelación simbólica de lo femenino en relación a lo masculino, y del amor por sobre toda otra consideración. En dicho espacio ritual y vital la mujer y lo femenino, con una maternidad y sensualidad no escindidas, logran afirmarse de modo protagónico. Es interesante al respecto la descripción de la fiesta de Andacollo hecha por el destacado folclorista Antonio Acevedo Hernández: “*Oímos decir a un roto en Andacollo: gracias a Dios que ví la chiquilla más relinda del mundo; ya puedo morir tranquilo. La chiquilla naturalmente, era la Virgen... La immaculada (es) conducida sobre los hombros de hermosas muchachas morenas, que lucen sus cuerpos opulentos, en cuyas formas vibran las siete locuras.*”<sup>37</sup>.

¿Matrismo indio? ¿Resonancia de la cultura árabe donde la mujer fue reconocida integralmente como un incentivo en la visión divina? Como fuere, en Andacollo reside la energía bondadosa y radiante de la “Sultana del Universo” como cantara la poetisa popular Rosa Araneda en el siglo XIX:

Divina y angelical  
del Universo sultana  
todo devoto con gana  
dice lleno de dulzura  
que sois la concepción pura  
de Andacollo soberana.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Sobre las Vírgenes negras y su relación con las diosas de la tierra, Louis Reau, *Iconographie de l'art chrétien*, Paris 1957, II, 2, 94-95. Su aparición “mora” en la España medieval, J. M. Arévalo y S. Rodríguez eds., *Antropología cultural de Extremadura*, Mérida 1989, 95-122.

<sup>37</sup> Antonio Acevedo Hernández, “El santuario de Andacollo”, en *Sucesos*, 30.1.1930.

<sup>38</sup> Rosa Araneda, “Versos a lo divino a la Virgen de Andacollo”, en *Colección Amunátegui de Poesía Popular Chilena*, hoja 274.

## Los amores terrestres

Si la tierra por su condición femenina es bendita y sagrada los amores consumados en ella igualmente lo son. Esta intuición religiosa y sexual milenaria resuena por doquier en la historia del pueblo mestizo y se ha celebrado con ocasión de los tiempos propicios de las fiestas.

En romerías, celebraciones de la Navidad, de la Purísima, de San Juan o la Cruz de Mayo, muchas de ellas fiestas cristianas de ancestro cósmico o pagano, el pueblo jamás dejó de acoger la necesaria armonía entre la religión y la sexualidad, el amor divino y el amor humano, lo femenino y lo masculino. Para Navidad el pueblo se adornaba con vegetales de simbología erótica como la albahaca (*"Vengan a los claveles / aquí tengo las albahacas / para las niñas retacas / y otra cosa no se huele /.../ esta noche principió / el contento y la alegría"*)<sup>39</sup>.

Entre todas estas fiestas la que alcanzó mayores relaciones entre lo religioso y lo amoroso fue la Cruz de Mayo. En la Edad Media española en torno al árbol de mayo tenían lugar los amores de mayos y mayas (majos y majas). En el siglo XVII en Chile el culto a la Cruz de Mayo adquirió rasgos que, al igual que en Europa, fueron oficialmente censurados. *"Hay muchas ofensas de Nuestro Señor, por los concursos de hombres y mujeres, bailes, y músicas profanas, e indecentes"*, señalaba el sínodo diocesano de Santiago de Chile en 1688<sup>40</sup>. Bajo la sociedad oligárquica esta fiesta continuó causando la admirada visión de las élites. Según Pedro Ruiz Aldea en 1865: *"Hacíanse en su presencia libaciones religiosas, se proferían obscenidades, se peleaba y se enamoraba tan libremente como en cualquier lupanar."*<sup>41</sup>. O Ramón Laval en 1910: *"Hay quienes cantan toda la noche última del mes de Mayo, en la cual es común no dormir. Toda ella se pasa en jolgorio, y como en esa fiesta asisten personas de distinto sexo, la moralidad..."*<sup>42</sup>.

¿Qué imágenes visibles podían traslucir estos amores terrestres? De acuerdo a la lírica andaluza eran las personas morenas, como la tierra o los moros, las que podían alcanzar una mayor expresividad estética y amorosa. Muchas de estas expresiones poéticas pasaron a los cancioneros chilenos, incluyendo los que se referían a las imágenes de Jesús y la Magdalena, la amante de Cristo (dilectrix Christi). Los amores morenos intercambian lo humano y lo divino, este mundo y el otro:

39 Adolfo Reyes, "La fiesta de Pascua", en *Colección Amunátegui de Poesía Popular Chilena*, hoja 118. Sobre el simbolismo de la albahaca en la cultura popular de Chile, Osvaldo Quijada, *Diccionario integrado de sexología*, Madrid 1983, 13.

40 Sínodo de Santiago de Chile, 1688, cap. X. De los pueblos y ciudadanos, constitución VIII.

41 Cit. en Pedro Ruiz Aldea, *Tipos y costumbres de Chile*, Santiago 1947, 121.

42 Ramón Laval, *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno*, Santiago 1910, 117.

Con la sal que derrama  
una morena  
se mantiene una blanca  
semana y media.

Aunque soy morenita  
no me trocara  
por una que tuviera  
blanca la cara.

Moreno pintan a Cristo  
morena a la Magdalena  
moreno es el bien que adoro  
viva la gente morena.

El que muere sin probar  
el querer de una morena  
se va de este mundo al otro  
sin saber lo que es canela. 43

### La mística sensual del Cielo

Si el cielo está en la tierra por la condición divina de la mujer, si la tierra es el lugar del amor, al fin la tierra del amor se consume en el cielo. La consumación definitiva del mundo es el triunfo del amor y la sensualidad humana y terrena. Tanto mapuches como andaluces hispano-orientales, cultivadores históricos de un *ars erótica*, visualizaron el cielo, o el más allá, como un lugar de plenitud sensual y sexual. En el siglo XI el teólogo e historiador cordobés Ibn Hazm afirmaba que en la otra vida habían manjares y bebidas, ríos, árboles y goces sexuales. En el siglo XVIII, como hemos visto más arriba, los mapuches visualizaban la otra vida como una constante abundancia de comidas, bebidas, y mujeres deleitables 44. La otra vida era una fiesta, plenitud vital donde se desvanecía todo desequilibrio humano. En la tradición mestiza de Chile, particularmente, y de lo cual era una anticipación toda festividad anual (Navidad, Fiestas patrias, u otras), operaba entonces la extinción de los rasgos desequilibrados del disciplinamiento cultural blanco:

Vamos niñas remoliendo  
vamos cantando y bailando  
que el infierno está vuelto agua  
y ya el Diablo se está ahogando.

Vamos remoliendo niñas  
que ya la Pascua llegó  
acabando con las penas  
*porque el Diablo se murió.* 45

43 Francisco Rodríguez Marín, *El alma de Andalucía*, Madrid 1929, 85, Fernán Caballero, *Cuentos y poesías populares andaluces*, Leipzig 1874, Samuel Claro, *Chilena o cueca tradicional*, Santiago 1994, 59. En la Edad Media Santa María Magdalena fue llamada la bienaventurada amante de Cristo (beata dilectrix Christi), cf. Louis Reau, op. cit., tomo 3, vol. 2, Paris 1958, 848.

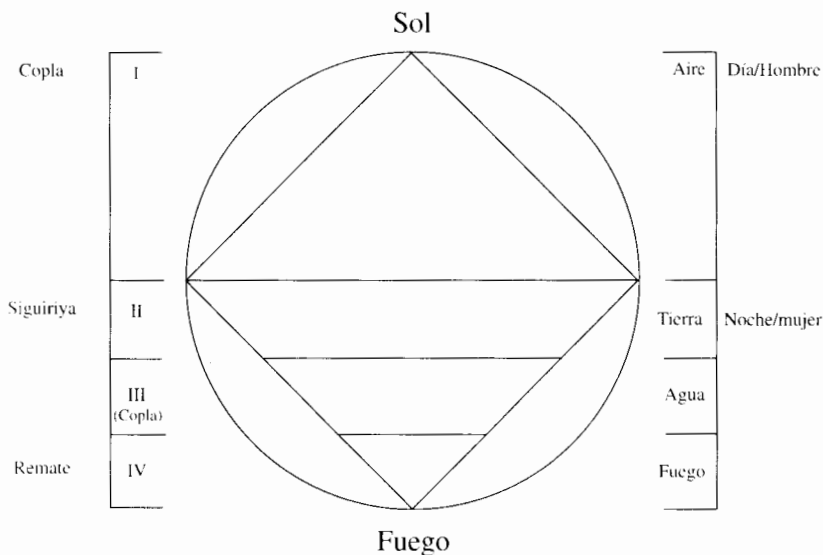
44 Américo Castro, *España en su historia*, Barcelona, 1983, 359 y nota 10. Osvaldo Quijada, "Danza y sexualidad", en *Diccionario integrado de sexualidad*, Madrid 1983, 99. Sobre el descrédito de la danza en Occidente, Paul Bourcier, *Historia de la danza en Occidente*, Barcelona 1981.

45 "El Guitarrero popular", en *Colección Lenz de Poesía Popular Chilena*; Juan Bautista Peralta, *La sirena de América*, s.d., 22-23.

En este horizonte de sentido se logra comprender la imagen típicamente mestiza de la *Remolienda en el Cielo*, divinización poética de la plenitud humana y vital que alcanza su punto más culminante con el baile de una cueca entre Santa Clara y San Antonio, los dos santos franciscanos de la Edad Media. ¿Qué hacen Santa Clara de Asís y San Antonio de Padua, ambos santos del siglo XIII representados según la iconografía religiosa de Europa como símbolos de pureza, bailando una danza de acercamiento erótico en Chile?

Mediante esta fantasía popular se consigue, al mismo tiempo, cancelar la fragmentación blanca y moderna entre alma y cuerpo, entre lo masculino y lo femenino, entre maternidad/paternidad y sensualidad, y proclamar, de un modo coreográfico, de acuerdo a los ancestros indígenas e hispano-orientales, la mística sensual del Cielo. Como ha escrito el sexólogo Osvaldo Quijada, para todos los pueblos de la tierra excepto para el Occidente moderno la danza es un “*arte que multiplica las posibilidades libidinosas gozosas. Ofrece miles de promesas y realidades sensuales de hermosura corporal y de movimientos musicalizados.*”<sup>46</sup>

En el caso particular de la cueca chilena, baile de origen arábigo-andaluz que representa la perfección divina del universo, la pareja danzante interpreta la intersexualidad de lo femenino y lo masculino, el día y la noche, del sol al fuego. El simbolismo cósmico y cosmogónico de la cueca se representa de la siguiente manera:<sup>47</sup>



<sup>46</sup> Osvaldo Quijada, "Danza y sexualidad", en *Diccionario integrado de sexualidad*, Madrid 1983, 99. Sobre el descrédito de la danza en Occidente, Paul Bourcier, *Historia de la danza en Occidente*, Barcelona 1981.

<sup>47</sup> Samuel Claro, *Chilena o cueca tradicional de acuerdo a las enseñanzas de don Fernando González Marabólf*, Santiago 1994, 51, 86.

En nuestro caso, San Antonio y Santa Clara son la invención religiosa, particularmente franciscana, del simbolismo histórico que sostiene, más allá de las formas del ordenamiento androcático occidental, el amor y la sexualidad equilibradas y sagradas del pueblo de Chile <sup>48</sup>.

---

48 La versión de "La Remolienda en el Cielo" fue publicada por Ramón Laval, en *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno*, Santiago 1910.